

"DIOS" ES UNA PALABRA (II)

Repasemos, pues, siquiera someramente, la historia de la palabra "Dios" para ver si ella nos aporta alguna pista que nos conduzca a la realidad a que hace referencia. En su larga vida de casi siete mil años -cosa de la que no pueden presumir muchas palabras- ha sufrido avatares diversos, que, para mayor claridad, explicaré en términos de parentesco: nuestra palabra "Dios" es hija de la latina "deus" y sobrina, entre otras, de la palabra griega Zeus, que a su vez son hijas de otra anterior, más primitiva -para nosotros ya abuela- *dieus, palabra indoeuropea que significó "cielo luminoso" o "bóveda celeste". Así pues, "Dios" significó originariamente "cielo". ¿Y por qué? Es claro que en medio de la estepa el pueblo indoeuropeo, un pueblo de pastores, estuvo a merced, él y su ganado, del cielo y de los elementos que de él proceden: la lluvia, los vientos, la noche, el rayo, el trueno... Y es comprensible que a

uno y a otros los veneraran como a dioses para, de este modo, ganarse su favor. Precisamente por esto las tribus indoeuropeas los personificaron y acabaron así invocando al cielo como "padre": *dieus pater, y a los fenómenos atmosféricos que en él naacen recíprocamente como "hijos": *deiwo=los celestes.

Pero la historia de nuestra palabra no termina aquí. Apareció el Cristianismo y éste la tomó en adopción. Nada extraño, si tenemos en cuenta que es una religión de origen semítico y que los semitas, como los indoeuropeos, fueron un pueblo de pastores que adoraba a un Dios también varón. La palabra "Dios", entonces, pasó a designar a Yahveh, que, en hebreo, para los israelitas quiere decir "El que es". Y ahora la cuestión que nos traemos se complica definitivamente: la palabra "Dios" se ha convertido en

metáfora, en signo de otro signo: "Dios"- "cielo"- Yahveh.

Llegados a este punto, alguien podría preguntar: ¿Y Yahveh= "El que es", quién es? Desentrañando la metáfora, habrá que contestar que aquella Realidad Suprema que la bóveda celeste simboliza: Infinitud, Transcendencia, Inmensidad, Eternidad, Misterio... Otros nombres de Dios al fin y al cabo. Dios es esa pregunta, la Pregunta, que a lo largo de la vida per-

sigue a todo hombre y que, si de verdad quiere serlo, antes o después debe afrontar. Habrá quien la rechace arguyendo que no puede responderse, otros la aceptarán y la responderán ya sea afirmativa o negativamente. El libro bíblico del Génesis, como en un cuento, nos dejó narrado cómo le nacieron al hombre la Pregunta y la conciencia: Adán y Eva, tentados por la serpiente, comieron del árbol del bien y del mal, y entonces se les abrieron los ojos: se dieron cuenta

de que estaban desnudos y se asustaron de Dios. ¿Y quién no se asusta ante lo que no tiene límites? Quizá sea inútil poner nombres a Dios. Nunca le abarcaremos -o definiremos- totalmente. Nunca conoceremos totalmente sus rostro, pues lo mismo que a la luna -incluso la luna llena- siempre le quedará otra cara oculta. Por eso la palabra "Dios" es la última palabra antes del silencio, lo único adecuado ante el misterio insondable de ese Ser Infinito que llamamos Dios. Y verdad que guardaría silencio, si no fuera porque el filósofo que recomendó aquello de que "de lo que no se sabe, mejor no hablar", ya infringió esta máxima por el solo hecho de expresarla.

Julio Javier Sangrador Fontecha

